

INTERIOR DE LA CATEDRAL DE LA HABANA

SEPULCRO DE COLON

Por F. Sandalio de Noda.

Detente, ó viajero, quienquiera que sea: detente en el interior de ese templo. Es la Catedral de La Habana. Otras encontrarás más suntuosas, más extensas, más sólidas y firmes; pero no más gloriosas. ¿Ves esas ligeras bóvedas, que en encontradas aristas se van entrelazando hasta el distante santuario? Pues bajo su modesto aspecto cubren el monumento más precioso que jamás tendrá el Nuevo Mundo. Ahí está el Sepulcro de Cristóbal Colón.

Al contemplar sus huesos y su muerte, ocurre el recordar su nacimiento; pero nunca hubo varón tan ilustre cuyos principios fueran menos conocidos. Nació en la ciudad de Génova; y esto lo sabemos porque él mismo lo expresó y lo repitió en su testamento; más todavía se ignora el verdadero año en que vió la luz. Pero qué nos importa? Fué grande, fué sabio y fué virtuoso; y esto es lo que nos interesa. Sus méritos fueron los suyos, no los de sus abuelos. Su ingenio excedió a su siglo, su ciencia venció la sabiduría de toda Europa, su constancia rindió a los gobiernos y a los reyes, y dominó a la naturaleza misma. Pobre y miserable, enriqueció a una nación ya poderosa: entró en ella pidiendo un pedazo de pan para su hijo, y correspondió dando un mundo entero. Sin más recurso que sus brazos, rompió los términos del Océano, y duplicó la extensión conocida del Orbe. Y ese hombre que acometió y dió cima a empresas gigantescas, sin ser gravoso a los pueblos ni a los principes; ese hombre que exploró y conquistó tan vastas regiones sin

derramar sangre humana; ese hombre piadoso, sabio, intrépido y extraordinario, ha existido para nosotros y sus huesos están entre nosotros, y están en ese templo, delante de tí. Acércate. ó Viajero: acércate hacia el altar y allí a su lado contempla con veneración aquella lápida labrada en relieve que cubre tan respetables cenizas. Allí bajo aquella inscripción y detrás de aquel busto de mármol duerme en paz el despojo mortal del grande Almirante.

No es esta la ocasión de pronunciar su elogio, ni menos oportunidad para referir su vida. Delante de su sepulcro, debiéramos ocuparnos de solo su muerte. Empero se nos rebosan recuerdos de aquel varon clarísimo, que fué grande por sí solo, sin deber nada a sus contemporáneos. Nada debió a los reyes, pues estos no hicieron sino ceder ante su constancia; nada debió a las naciones, pues estas se burlaron constantemente de su ciencia; y luego atónitas al ver su prodigioso triunfo, quisieron adorarle como a un genio celestial; pero en breve lo olvidaron injustas, para despojarle de lo único que restarle debiera; la gloria. En la ingeniosa Francia, como en la pensadora Inglaterra; entre los cultos italianos, como entre los expertos portugueses y los graves castellanos, oyeran a Colón, pero no le entendían. Oyéranle decir que navegando a poniente se encontrarían grandes tierras y las extremidades del Oriente, y no le entendían. Tuviéronle por loco ó por delirante; porque la ignorancia de aquellos sabios no podía alcanzar a la ciencia de aquel ilustre marineró. Colón se embarcó en un miserable barquicuelo, y desde su popa con solo su saber venció y confundió la sabiduría de los inteligentes del siglo. Descubrió un Nuevo Mundo, y les dijo: Venid ahora a hartaros de oro y de aromas, de perlas y de diamantes; que yo nada quiero, sino la GLORIA!

¡Y ni la gloria habeis querido dejarle, naciones injustas! Y se la dísteis a un marinero faláz, y la robásteis a Colón para darla a Américo Vespuchi! (1)

Y los hombres creyeron que era poco, y en su envidia para disimular su pequeñez quisieron deprimir y calumniar al varon ilustre. E inventaron una fábula, de que Colón sin duda había hecho público el descubrimiento; pero no lo debía a su ingenio, sino a otro piloto que murió en su casa y le dejó ciertos papeles con el secreto y el derrotero. Este cuento ha sido desmentido no solo por las historias de Anglería, Bernaldez, Fernando Colón, el P. Casas y otros escritores contemporáneos sino también por la multitud de documentos antiguos que de los archivos ha desenterrado y publicado Navarrete; por la delicada historia que de Colón ha escrito Irving; y sobre todo, por el ruidosísimo pleito que contra el Rey tuvo la familia de Colón sobre la primacía del descubrimiento. Esta fué probada con ciento nueve testigos; y parte de ellos, y de la multitud que en contra presentó el fiscal, eran enemigos de Colón ó parciales de sus adversarios; y a ninguno le ocurrió siquiera mencionar al tal piloto desconocido, ni a Amerigo Vespuchi como primer descubridor, cuando precisamente se estaba ventilando esta cuestión. Pero los Pinzones envidiosos y resentidos, andando el tiempo inventaron cuanto pudieron en contra de Colón; y treinta años después Hernán Pérez Mateos adicto de aquellos, cundió aquel rumor en la isla Española contándolo entre otros, a un historiador crédulo (Oviedo) que lo anotó de paso; y otro historiador célebre aunque no muy digno de fe (Gomara), lo copió dándolo por cierto. Este mismo rumor, ya impreso, se divulgó mas, y cien años adelante el Inca Garcilaso sin más exámen lo escribió como verdad en su

historia del Perú, bien que como recuerdo confuso que en su niñez había oído. (2) Y esta infundada conseja se atendió cuidadosamente, y no se atendieron los graves historiadores que han demostrado lo contrario. ¡Tan miserables somos, que nos complacemos y recreamos con cuanto puede empañar el mérito de un hombre que valga más que nosotros!

Pero no importa. La agradecida y religiosa Habana ha sabido hacer justicia al intrépido descubridor, y le conserva cuidadosamente en su seno, aunque

"Solo el despojo mortal

Pues su espíritu gigante

En dos mundos cupo mal.., (3)

¿Porqué, pues, toleramos que el Nuevo Mundo se llame con el injusto nombre de América que le han dado los extranjeros? Por qué no hemos de llamarle Colombia, como han reclamado constantemente los escritores españoles, desde el antiguo Solórzano, hasta el moderno Caballero?... Pero adonde me descarria la imaginación? Volvamos a la catedral de La Habana, al sepulcro de Colón.

Este, en sus últimos años, fué amado y honrado afectuosamente por los Reyes, pero envidiado y perseguido por almas débiles y medianas. En el mismo teatro de sus glorias, en la isla Española, fué ignominiosamente sorprendido, encarcelado, cargado de grillos (4) y enviado a Castilla. Vuelto a estas Indias, regresó a España para morir en Valladolid, de cerca de setenta años, pobre y miserable, dejando una prole tierna y cuasi desamparada, la cual ha sido el tronco ilustre de la casa de Veraguas.

El alma generosa del insigne varon abandonó este valle de lágrimas y fué a reunirse con su Criador el 20 de mayo de 1506. Sus

restos mortales fueron sepultados en el convento de S. Francisco de Valladolid; y en 1513 fueron trasladados al monasterio de Cartujos de las Cuevas en Sevilla, en la misma capilla en que luego fué enterrado su hijo D. Diego que murió en 1526, precisamente nueve años después de la fundación de La Habana.

En 1536 estas preciosas reliquias, y las de su hijo fueron trasladadas a la ciudad de Santo Domingo en la isla Española: ciudad fundada por su hermano Bartolomé. Allí permanecieron hasta el año de 1795 en que aquella isla fué cedida a la República Francesa, por el artículo noveno de la paz de Basilea. Aristizábal, teniente general de marina, propuso (en 11 de Diciembre) al gobernador García trasladar a la isla de Cuba en el navío S. Lorenzo las cenizas de aquel héroe y no abandonar a manos extranjeras el padrón mas glorioso de las armas españolas. Contestóle García aplaudiendo, y que ya el Duque de Veraguas había hecho igual solicitud y comisionado para ello a D. Juan Bautista Oyarzabal y D. Andrés de Lecanda; é insinuando también la exhumación del adelantado D. Bartolomé Colón. El arzobispo Portillo y demás autoridades concurrieron unánimes y gustosas al mismo objeto.

El día 20 de Diciembre, ante el escribano Hidalgo, se abrió el sepulcro de Colón.. Estaban presentes el regidor decano del Ayuntamiento, el arzobispo, el general Aristizábal, el teniente rey Canzi, el mariscal Barba, el sargento mayor Rocha, etc. etc. etc.

Era una bóveda de una vara cúbica sobre el prebisterio de la iglesia Catedral, al lado del Evangelio... Abierta se halló carcomida y deshecha la caja de plomo que encerraba las cenizas.... planchas rotas y despegadas como de un pie de largo, era lo que quedaba; y con ellas pedazos de huesos, canillas y otras varias

partes y pulverizados restos del que había sido un hombre.... un ilustre y clarísimo hombre.... ¡A esto había venido a quedar reducido aquel héroe más célebre que Ulises y Jason, que César y Alejandro...! aquel varón a quien tanto honraron los Reyes y a quien hoy con tanto respeto reverencian las Naciones...! Polvo, y nada más que un poco de polvo...!

Recojióse toda aquella tierra y fragmentos de huesos en una salvilla y púsose en una caja de plomo dorada, de media vara de largo y ancho, y un pié de alto. Cerrada con llave de hierro, fué entregada esta al arzobispo, y la caja puesta en un ataúd forrado de terciopelo negro, guarnecido de galones y flecos de oro, que en seguida fué puesto en un túmulo. Al día siguiente se celebró un oficio de difuntos, predicando el mismo arzobispo.

A las cuatro de la tarde, todas las Autoridades y Corporaciones civiles, militares y eclesiásticas, se reunieron en torno de aquellas reliquias. Cargaron el ataúd el gobernador, el Regente y dos oidores, hasta la puerta de la iglesia; allí sucedieron los otros dos oidores, y la tropa saludó con sus descargas y bandera de luto. Cargáronle entonces el mariscal Barba, el teniente rey Canzi, el brigadier Cabrera y coronel Casasola; y alternando los demás jefes, fueron hasta la puerta de tierra. Allí le recibió y le cargó el Ayuntamiento, a saber: los regidores Saviñón, Martínez y Tapia, y alcalde Arredondo. Al salir de los muros se hizo un descanso; se cantó un responso y la plaza saludó con 15 cañonazos como a Almirante. El capitán general tomó del arzobispo la llave del ataúd, y la entregó solemnemente al comandante general de la Armada, para

que la entregase al gobernador de La Habana en calidad de depósito, hasta la resolución del Rey.

Acto continuo se depositó el ataúd en el bergantín Descubridor, que así como los demás buques estaba de luto; y todos saludaron las cenizas de Colón con honores y tratamiento de Almirante efectivo.

¡Así se despidió la Isla Española, con tiernísimos afectos y la efusión de su más vivo cariño de aquel mismo hombre que tres siglos antes había visto salir de sus playas cargado de cadenas con el mayor vilipendio! así en esta triple procesión cívica, religiosa y militar se dió una solemne demostración que los españoles saben honrar el talento y las virtudes! así los huesos de Colón en los hombros de S. A. la Real Audiencia que representa la Real Persona se veían mas altos y más honrados que los de muchos Reyes! Tardío, pero justo honor, al insigne Argonauta!

El bergantín pasó a la ensenada de Occa, y allí se trasbordó el ataúd al navio San Lorenzo (5) para que se le condujese a La Habana con los honores de Almirante, y acompañándole un retrato que el duque de Veragua enviara para colocarle junto a las cenizas de su ilustre abuelo. En 21 de diciembre, escribieron las Autoridades de Santo Domingo a las de La Habana, sobre este particular.

Por fin, llegó el despojo fúnebre del Almirante, a la isla de Cuba, a su querida Cuba, aquella Cuba de quien el mismo Colón decía que nunca mas hermosa cosa vido (6), que no se podía cansar de ver tanta lindeza (7), que certificaba que debajo del sol no podía haber mejor tierra (8) y en la cual había sido siempre tan afectuosamente recibido. Fué en el puerto de La Habana a las siete de la mañana del martes 15 de enero de 1796: el general de marina Araoz,

el jefe de escuadra Muñoz, los brigadieres Riviere y Herrera y toda la plana mayor de marina pasaron a bordo del San Lorenzo: cuyo comandante Ugarte por ante el escribano Izquierdo, entregó solemnemente al general Araoz el ataúd que contenía las cenizas de D. Cristóbal Colón, y llave que cerraba la caja. Araoz hizo trasladarle a una falúa, cargándole dos brigadieres [Riviere y Cruzat] y dos capitanes de navío [Herrera y Ugarte] que en la falúa siguieron a tierra en medio de la formación en tres columnas de las demás falúas y botes todo adornado vistosamente con toda la oficialidad de marina. Seguían al ataúd otras dos falúas con la guardia de honor, banderas y cajas enlutadas; y enotra el general y plana mayor. Y los buques de guerra al pasar las reliquias de su malogrado Almirante le saludaban como a tal, con todos los honores correspondientes.....

Así se le llevó hasta el muelle, y allí salió a recibirle el Capitan General D. Luis de las Casas, con todos los jefes y toda la plana mayor del ejército, y la población de la ciudad entera; allí la amantísima Habana dió el más solemne testimonio de su fiel amor al venerable Patriarca: porque enternecida y profundamente afectada, en medio de aquella melancólica música, del estruendo de la artillería y demás señales de luto y de dolor, ella misma representada en su Ilustre Ayuntamiento recibió de los cuatro jefes marinos que le venían cargando el luctuoso féretro del Héroe, y cargándole cuatro de sus capitulares y remudándole los otros le llevaron por entre dos filas de infantería tendidas desde el Muelle hasta la plaza de Armas; y allí enesta, al pié de la sagrada Ceiba y sacro Obelisco donde se celebró la primera misa y cabildo: allí delante de la estatua de la Religión, y sobre un panteón pre-

parado al efecto: los venerables senadores de la muy leal Habana depositaron su preciosa carga. Entonces fué abierta y reconocida la caja, y terminado el reconocimiento, se hizo entrega formal al Capitan general, volviéndose a cerrar la caja y féretro, y continuando la procesión con la mayor magestad, con acompañamiento de uno y otro Cabildo eclesiástico y secular, de todas las Corporaciones civiles, de todas las Comunidades religiosas, de todas las Autoridades, toda la nobleza, y en fin toda la población. Llegado a la Catedral, le celebraron los oficios más solemnes, en los que el Obispo ofició de pontifical; y terminada la pia y solemne ceremonia, se colocó el precioso depósito al lado del Altar mayor en bóveda practicada en la pared, con una inscripción histórica y afectuosa, en que la amorosa Habana se congratula de poseer tan preciosas exuvias y desea conservarlas eternamente en su seno: cubriéndolo todo una losa de blanco mármol con el busto de Colón y otra inscripción al pié. Y como si no fuera bastante, la enternecida Ciudad, pidió por merced hacer todos los costos, y suplicó a la piedad del Monarca que jamás salga de ella este sagrado e inestimable depósito que de hoy más será su mayor timbre y su mas esclarecido blasón, como prueba de la altísima estimación y venerable memoria que hacia de aquel héroe que, descubriendo esta Isla, había el primero plantado en ella la señal de la Cruz. Por cuya espontánea y afectuosa adhesión, los descendientes y familia del Grande Almirante, por medio de su jefe el duque de Veraguas, hicieron a esta ciudad la acción de gracias más solemne, que jamás hizo a un pueblo entero familia alguna; asegurándole que en cuanto a los derechos sobre los últimos honores fúnebres a las cenizas de Colón, la ciudad de La Habana se había hecho preferente y más digna que la familia mis-

ma, por conservar y extender hacia el ilustre descubridor una benevolencia tan extraordinaria con un exceso de virtud sin ejemplar (9)

Si: allí esta enterrado el Descubridor del Nuevo Mundo: mirale allí enaquel sepulcro a tu izquierda, a la derecha del altar mayor: mirale allí, en aquel mármol blanquísimo donde está esculpida la efigie de su rostro venerable. No esperes, ó viajero, que ahora le invoque, como el doctor Caballero, cuando en la Oración fúnebre que pronunció en aquel solemne día, prorrumpió gritando: "¡Levántate tú, Grande Almirante, levántate de ese sueño augusto de la muerte! Sal de esa noche eterna y ven a reclamar tus derechos violados, tus méritos desatendidos y tus trabajos premiados en cabeza ajena!" Ni tampoco esperes que te invite como hizo aquel orador a su auditorio "a lamentar la injusticia más atroz que han cometido los hombres con otro hombre" ni a que se borre y destruya para siempre el injustísimo nombre de América. Yo solo te convido a que te acerques a esa modesta tumba; que en ella leerás, si sabes pensar, no solo la vida del que dentro encierra, sino la historia del universo durante cuatro siglos. Atiende que ese polvo, cuando era hombre, con la primer pisada que dió en nuestras playas cambió la suerte del mundo. Regaló imperios, y recibió cadenas: enriqueció naciones, y murió miserable; cambió (lo que ni antes ni después hubo hombre que tal haga) las costumbres, las ideas, las ciencias y el mundo entero, y hoy es polvo inerte. Desde él comienza la historia moderna; pero no olvides que fué siempre honrado, humano y religioso. Del pormenor de sus hechos no hay que hablar: se encierran en el mote de su escudo de armas: A Castilla y a León, Nuevo Mundo dió Colón.

N o t a s :

(1).- Este era su nombre, y no Américo Vespucio, como se dice comunmente. El firmaba Amérrigo.

(2).- Garcilaso escribía en 1609 y señala la aventura del dicho piloto, en 1484; pero ya había mas de diez años que Colón había consultado y publicado su proyecto de descubrimiento, es decir en 1474 de suerte que aun cuando fuera cierto lo del piloto, siempre Colón lo había pensado y calculado por sí solo, con mucha anterioridad. V. Irving y Navarrete.

(3).- Jorrín, en la Siempreviva.

(4).- Estos grillos no están en su sepulcro, como el vulgo cree, y como Colón había mandado. Humboldt preguntó por ellos a Aristizábal, y este respondió que no había visto vestigios de ellos. Pero es ciertísimo que el Almirante les guardaba como monumento del premio que se le había dado, y su hijo Fernando dice: "Y yo les ví siempre colgados en su gabinete, y encargaba que cuando muriese fuesen enterrados con él".

(5).- De 70 cañones, hecho en La Habana en 1747.

(6).- Diario de Colón, 28 de octubre de 1492.

(7).- Ibid. 3 de noviembre.

(8).- Ibid. 27 de noviembre.

(9).- Carta del duque de Veraguas en nombre de toda la familia, a la ciudad de La Habana. Fecha en la Coruña a 30 de marzo de 1796.

Paseo pintoresco por la Isla de Cuba, publicada por los empresarios de la Litografía del Gobierno y Capitanía General, Habana, 1841.

INTERIOR DE LA CATEDRAL DE LA HABANA

SEPULCRO DE COLON

Por F. Sandalio de Noda.

Detente, ó viajero, quienquiera que sea: detente en el interior de ese templo. Es la Catedral de La Habana. Otras encontrarás más suntuosas, más extensas, más sólidas y firmes; pero no más gloriosas. ¿Ves esas ligeras bóvedas, que en encontradas aristas se van entrelazando hasta el distante santuario? Pues bajo su modesto aspecto cubren el monumento más precioso que jamás tendrá el Nuevo Mundo. Ahí está el Sepulcro de Cristóbal Colón.

Al contemplar sus huesos y su muerte, ocurre el recordar su nacimiento; pero nunca hubo varón tan ilustre cuyos principios fueran menos conocidos. Nació en la ciudad de Génova; y esto lo sabemos porque él mismo lo expresó y lo repitió en su testamento; más todavía se ignora el verdadero año en que vió la luz. Pero qué nos importa? Fué grande, fué sabio y fué virtuoso; y esto es lo que nos interesa. Sus méritos fueron los suyos, no los de sus abuelos. Su ingenio excedió a su siglo, su ciencia venció la sabiduría de toda Europa, su constancia rindió a los gobiernos y a los reyes, y dominó a la naturaleza misma. Pobre y miserable, enriqueció a una nación ya poderosa: entró en ella pidiendo un pedazo de pan para su hijo, y correspondió dando un mundo entero. Sin más recurso que sus brazos, rompió los términos del Océano, y duplicó la extensión conocida del Orbe. Y ese hombre que acometió y dió cima a empresas gigantescas, sin ser gravoso a los pueblos ni a los principes; ese hombre que exploró y conquistó tan vastas regiones sin

derramar sangre humana; ese hombre piadoso, sabio, intrépido y extraordinario, ha existido para nosotros y sus huesos están entre nosotros, y están en ese templo, delante de tí. Acércate. ó Viajero: acércate hacia el altar y allí a su lado contempla con veneración aquella lápida labrada en relieve que cubre tan respetables cenizas. Allí bajo aquella inscripción y detrás de aquel busto de mármol duerme en paz el despojo mortal del grande Almirante.

No es esta la ocasión de pronunciar su elogio, ni menos oportunidad para referir su vida. Delante de su sepulcro, debiéramos ocuparnos de solo su muerte. Empero se nos rebosan recuerdos de aquel varon clarísimo, que fué grande por sí solo, sin deber nada a sus contemporáneos. Nada debió a los reyes, pues estos no hicieron sino ceder ante su constancia; nada debió a las naciones, pues estas se burlaron constantemente de su ciencia; y luego atónitas al ver su prodigioso triunfo, quisieron adorarle como a un genio celestial; pero en breve lo olvidaron injustas, para despojarle de lo único que restarle debiera: la gloria. En la ingeniosa Francia, como en la pensadora Inglaterra; entre los cultos italianos, como entre los expertos portugueses y los graves castellanos, oyeran a Colón, pero no le entendían. Oyéranle decir que navegando a poniente se encontrarían grandes tierras y las extremidades del Oriente, y no le entendían. Tuviéronle por loco ó por delirante; porque la ignorancia de aquellos sabios no podía alcanzar a la ciencia de aquel ilustre marinero. Colón se embarcó en un miserable barquicuelo, y desde su popa con solo su saber venció y confundió la sabiduría de los inteligentes del siglo. Descubrió un Nuevo Mundo, y les dijo: Venid ahora a hartaros de oro y de aromas, de perlas y de diamantes; que yo nada quiero, sino la GLORIA!

¡Y ni la gloria habeis querido dejarle, naciones injustas! Y se la disteis a un marinero faláz, y la robásteis a Colón para darla a Américo Vespuchi! (1)

Y los hombres creyeron que era poco, y en su envidia para disimular su pequeñez quisieron deprimir y calumniar al varon ilustre. E inventaron una fábula, de que Colón sin duda había hecho público el descubrimiento; pero no lo debía a su ingenio, sino a otro piloto que murió en su casa y le dejó ciertos papeles con el secreto y el derrotero. Este cuento ha sido desmentido no solo por las historias de Anglería, Bernaldez, Fernando Colón, el P. Casas y otros escritores contemporáneos sino también por la multitud de documentos antiguos que de los archivos ha desenterrado y publicado Navarrete; por la delicada historia que de Colón ha escrito Irving; y sobre todo, por el ruidosísimo pleito que contra el Rey tuvo la familia de Colón sobre la primacía del descubrimiento. Esta fué probada con ciento nueve testigos; y parte de ellos, y de la multitud que en contra presentó el fiscal, eran enemigos de Colón ó parciales de sus adversarios; y a ninguno le ocurrió siquiera mencionar al tal piloto desconocido, ni a Amerigo Vespuchi como primer descubridor, cuando precisamente se estaba ventilando esta cuestión. Pero los Pinzones envidiosos y resentidos, andando el tiempo inventaron cuanto pudieron en contra de Colón; y treinta años después Hernán Pérez Mateos adicto de aquellos, cundió aquel rumor en la isla Española contándolo entre otros, a un historiador crédulo (Oviedo) que lo anotó de paso; y otro historiador célebre aunque no muy digno de fe (Gomara), lo copió dándolo por cierto. Este mismo rumor, ya impreso, se divulgó mas, y cien años adelante el Inca Garcilaso sin más exámen lo escribió como verdad en su

historia del Perú, bien que como recuerdo confuso que en su niñez había oído. (2) Y esta infundada conseja se atendió cuidadosamente, y no se atendieron los graves historiadores que han demostrado lo contrario. ¡Tan miserables somos, que nos complacemos y recreamos con cuanto puede empañar el mérito de un hombre que valga más que nosotros!

Pero no importa. La agradecida y religiosa Habana ha sabido hacer justicia al intrépido descubridor, y le conserva cuidadosamente en su seno, aunque

"Solo el despojo mortal

Pues su espíritu gigante

En dos mundos cupo mal... (3)

¿Porqué, pues, toleramos que el Nuevo Mundo se llame con el injusto nombre de América que le han dado los extranjeros? Por qué no hemos de llamarle Colombia, como han reclamado constantemente los escritores españoles, desde el antiguo Solórzano, hasta el moderno Caballero?... Pero adonde me descarria la imaginación? Volvamos a la catedral de La Habana, al sepulcro de Colón.

Este, en sus últimos años, fué amado y honrado afectuosamente por los Reyes, pero envidiado y perseguido por almas débiles y medianas. En el mismo teatro de sus glorias, en la isla Española, fué ignominiosamente sorprendido, encarcelado, cargado de grillos (4) y enviado a Castilla. Vuelto a estas Indias, regresó a España para morir en Valladolid, de cerca de setenta años, pobre y miserable, dejando una prole tierna y cuasi desamparada, la cual ha sido el tronco ilustre de la casa de Veraguas.

El alma generosa del insigne varon abandonó este valle de lágrimas y fué a reunirse con su Criador el 20 de mayo de 1506. Sus

restos mortales fueron sepultados en el convento de S. Francisco de Valladolid; y en 1513 fueron trasladados al monasterio de Cartujos de las Cuevas en Sevilla, en la misma capilla en que luego fué enterrado su hijo D. Diego que murió en 1526, precisamente nueve años después de la fundación de La Habana.

En 1536 estas preciosas reliquias, y las de su hijo fueron trasladadas a la ciudad de Santo Domingo en la isla Española: ciudad fundada por su hermano Bartolomé. Allí permanecieron hasta el año de 1795 en que aquella isla fué cedida a la República Francesa, por el artículo noveno de la paz de Basilea. Aristizábal, teniente general de marina, propuso (en 11 de Diciembre) al gobernador García trasladar a la isla de Cuba en el navío S. Lorenzo las cenizas de aquel héroe y no abandonar a manos extranjeras el padrón mas glorioso de las armas españolas. Contestóle García aplaudiendo, y que ya el Duque de Veraguas había hecho igual solicitud y comisionado para ello a D. Juan Bautista Oyarzabal y D. Andrés de Lecanda; é insinuando también la exhumación del adelantado D. Bartolomé Colón. El arzobispo Portillo y demás autoridades concurrieron unánimes y gustosas al mismo objeto.

El día 20 de Diciembre, ante el escribano Hidalgo, se abrió el sepulcro de Colón.. Estaban presentes el regidor decano del Ayuntamiento, el arzobispo, el general Aristizábal, el teniente rey Canzi, el mariscal Barba, el sargento mayor Rocha, etc. etc. etc.

Era una bóveda de una vara cúbica sobre el prebisterio de la iglesia Catedral, al lado del Evangelio... Abierta se halló carcomida y deshecha la caja de plomo que encerraba las cenizas.... planchas rotas y despegadas como de un pie de largo, era lo que quedaba; y con ellas pedazos de huesos, canillas y otras varias

partes y pulverizados restos del que había sido un hombre.... un ilustre y clarísimo hombre.... ¡A esto había venido a quedar reducido aquel héroe más célebre que Ulises y Jason, que César y Alejandro...! aquel varón a quien tanto honraron los Reyes y a quien hoy con tanto respeto reverencian las Naciones...! Polvo, y nada más que un poco de polvo...!

Recojióse toda aquella tierra y fragmentos de huesos en una salvilla y púsose en una caja de plomo dorada, de media vara de largo y ancho, y un pié de alto. Cerrada con llave de hierro, fué entregada esta al arzobispo, y la caja puesta en un ataúd forrado de terciopelo negro, guarnecido de galones y flecos de oro, que en seguida fué puesto en un túmulo. Al día siguiente se celebró un oficio de difuntos, predicando el mismo arzobispo.

A las cuatro de la tarde, todas las Autoridades y Corporaciones civiles, militares y eclesiásticas, se reunieron en torno de aquellas reliquias. Cargaron el ataúd el gobernador, el Regente y dos oidores, hasta la puerta de la iglesia; allí sucedieron los otros dos oidores, y la tropa saludó con sus descargas y bandera de luto. Cargáronle entonces el mariscal Barba, el teniente rey Canzi, el brigadier Cabrera y coronel Casasola; y alternando los demás jefes, fueron hasta la puerta de tierra. Allí le recibió y le cargó el Ayuntamiento, a saber: los regidores Saviñón, Martínez y Tapia, y alcalde Arredondo. Al salir de los muros se hizo un descanso; se cantó un responso y la plaza saludó con 15 cañonazos como a Almirante. El capitán general tomó del arzobispo la llave del ataúd, y la entregó solemnemente al comandante general de la Armada, para

que la entregase al gobernador de La Habana en calidad de depósito, hasta la resolución del Rey.

Acto continuo se depositó el ataúd en el bergantín Descubridor, que así como los demás buques estaba de luto; y todos saludaron las cenizas de Colón con honores y tratamiento de Almirante efectivo.

¡Así se despidió la Isla Española, con tiernísimos afectos y la efusión de su más vivo cariño de aquel mismo hombre que tres siglos antes había visto salir de sus playas cargado de cadenas con el mayor vilipendio! así en esta triple procesión cívica, religiosa y militar se dió una solemne demostración que los españoles saben honrar el talento y las virtudes! así los huesos de Colón en los hombros de S. A. la Real Audiencia que representa la Real Persona se veían mas altos y más honrados que los de muchos Reyes! Tardío, pero justo honor, al insigne Argonauta!

El bergantín pasó a la ensenada de Ocoa, y allí se trasbordó el ataúd al navio San Lorenzo (5) para que se le condujese a La Habana con los honores de Almirante, y acompañándole un retrato que el duque de Veragua enviara para colocarle junto a las cenizas de su ilustre abuelo. En 21 de diciembre, escribieron las Autoridades de Santo Domingo a las de La Habana, sobre este particular.

Por fin, llegó el despojo fúnebre del Almirante, a la isla de Cuba, a su querida Cuba, aquella Cuba de quien el mismo Colón decía que nunca mas hermosa cosa vido (6), que no se podía cansar de ver tanta lindeza (7), que certificaba que debajo del sol no podía haber mejor tierra (8) y en la cual había sido siempre tan afectuosamente recibido. Fué en el puerto de La Habana a las siete de la mañana del miércoles 15 de enero de 1796: el general de marina Araoz,

el jefe de escuadra Muñoz, los brigadieres Riviere y Herrera y toda la plana mayor de marina pasaron a bordo del San Lorenzo: cuyo comandante Ugarte por ante el escribano Izquierdo, entregó solemnemente al general Araoz el ataúd que contenía las cenizas de D. Cristóbal Colón, y llave que cerraba la caja. Araoz hizo trasladarle a una falúa, cargándole dos brigadieres [Riviere y Cruzat] y dos capitanes de navío [Herrera y Ugarte] que en la falúa siguieron a tierra en medio de la formación en tres columnas de las demás falúas y botes todo adornado vistosamente con toda la oficialidad de marina. Seguían al ataúd otras dos falúas con la guardia de honor, banderas y cajas enlutadas; y enotra el general y plana mayor. Y los buques de guerra al pasar las reliquias de su malogrado Almirante le saludaban como a tal, con todos los honores correspondientes.....

Así se le llevó hasta el muelle, y allí salió a recibirle el Capitan General D. Luis de las Casas, con todos los jefes y toda la plana mayor del ejército, y la población de la ciudad entera; allí la amantísima Habana dió el más solemne testimonio de su fiel amor al venerable Patriarca: porque enternecida y profundamente afectada, en medio de aquella melacólica música, del estruendo de la artillería y demás señales de luto y de dolor, ella misma representada en su Ilustre Ayuntamiento recibió de los cuatro jefes marinos que le venían cargando el luctuoso féretro del Héroe, y cargándole cuatro de sus capitulares y remudándole los otros le llevaron por entre dos filas de infantería tendidas desde el Muelle hasta la plaza de Armas; y allí enesta, al pié de la sagrada Ceiba y sacro Obelisco donde se celebró la primera misa y cabildo: allí delante de la estatua de la Religión, y sobre un panteón pre-

parado al efecto: los venerables senadores de la muy leal Habana depositaron su preciosa carga. Entonces fué abierta y reconocida la caja, y terminado el reconocimiento, se hizo entrega formal al Capitan general, volviéndose a cerrar la caja y féretro, y continuando la procesión con la mayor magestad, con acompañamiento de uno y otro Cabildo eclesiástico y secular, de todas las Corporaciones civiles, de todas las Comunidades religiosas, de todas las Autoridades,, toda la nobleza, y en fin toda la población. Llegado a la Catedral, le celebraron los oficios más solemnes, en los que el Obispo ofició de pontifical; y terminada la pia y solemne ceremonia, se colocó el precioso depósito al lado del Altar mayor en bóveda practicada en la pared, con una inscripción histórica y afectuosa, en que la amorosa Habana se congratula de poseer tan preciosas exuvias y desea conservarlas eternamente en su seno: cubriéndolo todo una losa de blanco mármol con el busto de Colón y otra inscripción al pié. Y como si no fuera bastante, la enternecida Ciudad, pidió por merced hacer todos los costos, y suplicó a la piedad del Monarca que jamás salga de ella este sagrado e inestimable depósito que de hoy más será su mayor timbre y su mas esclarecido blason, como prueba de la altísima estimación y venerable memoria que hacia de aquel héroe que, descubriendo esta Isla, había el primero plantado en ella la señal de la Cruz. Por cuya espontánea y afectuosa adhesión, los descendientes y familia del Grande Almirante, por medio de su jefe el duque de Veraguas, hicieron a esta ciudad la acción de gracias más solemne, que jamás hizo a un pueblo entero familia alguna; asegurándole que en cuanto a los derechos sobre los últimos honores fúnebres a las cenizas de Colón, la ciudad de La Habana se había hecho preferente y más digna que la familia mis-

ma, por conservar y extender hacia el ilustre descubridor una benevolencia tan extraordinaria con un exceso de virtud sin ejemplar (9)

Si: allí esta enterrado el Descubridor del Nuevo Mundo: mírale allí enaquel sepulcro a tu izquierda, a la derecha del altar mayor: mírale allí, en aquel mármol blanquísimo donde está esculpida la efigie de su rostro venerable. No esperes, ó viajero, que ahora le invoque, como el doctor Caballero, cuando en la Oración fúnebre que pronunció en aquel solemne día, prorrumpió gritando: "¡Levántate tú, Grande Almirante, levántate de ese sueño augusto de la muerte! Sal de esa noche eterna y ven a reclamar tus derechos violados, tus méritos desatendidos y tus trabajos premiados en cabeza ajena!" Ni tampoco esperes que te invite como hizo aquel orador a su auditorio "a lamentar la injusticia más atroz que han cometido los hombres con otro hombre" ni a que se borre y destruya para siempre el injustísimo nombre de América. Yo solo te convido a que te acerques a esa modesta tumba; que en ella leerás, si sabes pensar, no solo la vida del que dentro encierra, sino la historia del universo durante cuatro siglos. Atiende que ese polvo, cuando era hombre, con la primer pisada que dió en nuestras playas cambió la suerte del mundo. Regaló imperios, y recibió cadenas: enriqueció naciones, y murió miserable: cambió (lo que ni antes ni después hubo hombre que tal haga) las costumbres, las ideas, las ciencias y el mundo entero, y hoy es polvo inerte. Desde él comienza la historia moderna; pero no olvides que fué siempre honrado, humano y religioso. Del pormenor de sus hechos no hay que hablar: se encierran en el mote de su escudo de armas: A Castilla y a León, Nuevo Mundo dió Colón.

Notas:

(1).- Este era su nombre, y no Américo Vespucio, como se dice comunmente. El firmaba Amérrigo.

(2).- Garcilaso escribía en 1609 y señala la aventura del dicho piloto, en 1484; pero ya había mas de diez años que Colón había consultado y publicado su proyecto de descubrimiento, es decir en 1474 de suerte que aun cuando fuera cierto lo del piloto, siempre Colón lo había pensado y calculado por sí solo, con mucha anterioridad. V. Irving y Navarrete.

(3).- Jorrín, en la Siempreviva.

(4).- Estos grillos no están en su sepulcro, como el vulgo cree, y como Colón había mandado. Humboldt preguntó por ellos a Aristizábal, y este respondió que no había visto vestigios de ellos. Pero es ciertísimo que el Almirante les guardaba como monumento del premio que se le había dado, y su hijo Fernando dice: "Y yo les ví siempre colgados en su gabinete, y encargaba que cuando muriese fuesen enterrados con él".

(5).- De 70 cañones, hecho en La Habana en 1747.

(6).- Diario de Colón, 28 de octubre de 1492.

(7).- Ibid. 3 de noviembre.

(8).- Ibid. 27 de noviembre.

(9).- Carta del duque de Veraguas en nombre de toda la familia, a la ciudad de La Habana. Fecha en la Coruña a 30 de marzo de 1796.

Paseo pintoresco por la Isla de Cuba, publicada por los empresarios de la Litografía del Gobierno y Capitanía General, Habana, 1841.